

**Ecuador Amargo**

**Jorge Enrique Adoum**

**Lamento y madrigal sobre Palmira**

El polvo, el tiempo, áspera  
y difícil soledad, desolado  
mantel seco: aquí no hubo  
nunca el caserío, la planta,  
los dedos de la lluvia:  
tierra rota  
hasta la harina, paisaje ciego  
que el viento cambia de lugar.

Rara vez en la deshabitada  
sábana que huye, un cuerpo,  
una pareja; nunca la moneda  
o la cruz incomprensible  
del descubridor, nunca la ruina  
duradera de dios en el erial perdido;  
ni lágrimas, ni espinas, ni vidrios  
rotos para la pisada antigua  
del aborigen, porque sólo destrozo,  
sólo agría piel de arena,  
sólo semanas y siglos que bajan  
a Palmira por la delgada  
cintura del aire, sólo aire.

Yo, que salí de mujer como del alba,  
que ardí, que he muerto pocas veces  
todavía y todavía espero por las cosas,  
hoy vuelvo con la misma camisa  
que tocaron los pechos de tantas despedidas,  
vuelvo y te encuentro en tu liviana  
muerte de materia, y me detengo,  
no por duda en los pies, no de paso  
a la ciudad: es por destino,  
y traigo mi alma llena de tu páramo,  
de escombros, de huesos cuyo nombre  
reconozco y debo enterrar inútilmente:  
sólo lamento y plural dolor el alma.

Porque en las visitas, en las fiestas  
donde alguien agoniza, porque  
en los restaurantes, en los diarios, en la gente  
que habita casas y familias,  
hay alguien que dice algo, hay un suceso  
caído como un muerto tras la puerta,  
sufro de noticias, de necesidades

puras, y no puedo más, no puedo  
despegarme de fantasmas que corren  
buscando domicilios, no puedo  
sino escuchar con el oído  
apegado al alma.

Ah solitaria

abandonada por la voz, ah dejada  
del duradero río, gran cementerio general:  
frente a tu mar que esparce su esqueleto  
lloro y digo, no rezo, no prometo, pero pienso  
en los muertos a escondidas de mí,  
en la alta gavilla de los seres que a la tierra  
volvieron por la terca hipotenusa.

Si a tu orilla general, si  
a la ceniza de tu edad incierta,  
si a tu aventura de obstinado  
duelo, como el animal de nuestra tribu  
triste, yo fuera con mis uñas  
a escarbar la última arcilla  
que busca mi vasija, fuera  
el arenero que te aclama.

Yo te amo, distancia y resistencia, amo  
el cristal vencido de tu oscura  
substancia donde no encuentro golpeada  
a la familia, no encuentro la multitud  
que alguien azota, ni las habitaciones  
ni las piedras de las habitaciones,  
y aun así, aun debiendo con los labios  
ir a tocar la frutal ternura  
de mi ciudad, de mi escuela y sus tinteros  
derramados, yo vengo aquí primero,  
y aun aquí está la patria,  
su cuerpo torrencial o el granizo  
violento que a veces me golpeaba  
el corazón.

Baldía propiedad  
de mi único territorio: acoge  
estos trozos de ajenas desventuras  
que también me pertenecen.

### **Regreso cuando llovía**

Del agua, como de la sangre, y al agua  
vengo, entrando a tierra por el agua:  
por su ángeles turbios derramados  
de costado, agua y aguacero errante,  
porque lluvia también cuando volvía,  
como una miel de piedra en tempestad

sobre el pequeño tambor del corazón.

En la ría, como en un espeso  
machete horizontal, tanta indecisión de ida  
y vuelta, tantos pedazos de la tierra:  
un pañuelo de hojas solas, una involuntaria  
madera, una cáscara, el cadáver  
de un grillo que asesinó la lluvia:  
testimonio de que la vida estaba  
allí no más, al otro lado  
del difícil destino, húmeda y cercana  
como la boca que nos busca.

¿Quién

entonces eludió el regreso, quién  
podía rechazar sus fluviales manos ciegas?

Porque si es lo fatal si las cosas  
caen y se rompen, si los clavos  
han de golpearse siempre la cabeza,  
si la robusta soledad del ganado  
camina sin cesar a su osamenta  
¿quiere decir que nunca  
escaparemos a la patria, quiere decir  
que siempre volveré a su costa  
como a la única mujer en donde he estado  
transcurriendo?

Ah, en esa dura

paz, en la tinta de la baja noche,  
la población buscaba vida al viento,  
pescaba vida en el amarillo peinado  
del océano, cazaba vida litoral, los aguadores  
llevaban una cruz de vida colgando  
de sus brazos, cáscaras de vida  
escogía el niño en la basura. Todo  
era salvación afuera, todo  
entrega final: enloquecido  
el pez entraba al muro  
vacío de la red, el hombre  
a la mujer, al mar  
el alma empobrecida.

(Ya se estaban poniendo  
tristes los maíces y hacia sus huesos  
envejecía el campesino, andino  
o lateral. Y de pronto, agua  
sobre la tierra, agua de pronto  
sobre la castigada y flaca duración  
vacilante de los pobres, lluvia  
hasta su sorda cavidad de sueño y alma.)

Yo quería dormir, quería haber llorado  
con los párpados puestos en mis necesidades,

en lo olvidado, retroceder a alguien,  
a ella, a mí, a nosotros  
dispersos: y solamente encontré al indio,  
dueño de su desesperanza y de su abismo,  
gastándose sin ruido, sin arder,  
como un fósforo mojado.

Porque duro como el arroz es el retorno:  
ni casa ni comida ni mujer propia  
ni propia solución la que yo intento;  
no es llovizna de novia arrepentida,  
no es un tango ni una carta  
en olvido gradual: es aguacero  
ecuatorial, a cántaros, territorial: es río  
y mar y lluvia que para el hombre y sus vecinos  
de soledad, de ruina y de destrozo, edifican  
su propia cárcel que mojado lo agoniza.

Fue preciso cerrarla: gritar, abandonar  
lo que me dieron y fue mío,  
lo que tuvo mi pisada, mi latido o mi olor:  
las ropas colgadas o caídas, mi tinta  
con su alta investidura de arzobispo,  
el cielo, los lugares, los cuerpos  
de donde injustamente salía las mañanas  
y estar aquí, de nuevo, en mi terreno  
caminante y en mi terrestre invierno  
que a sí mismo se destruye, destruido.

### **Baraja de la patria**

Patria, golpeada patria, establecida  
desde el océano a las cosas: yo amé  
tu forma muerta, la estatua errante  
de tu polvareda, el cuenco de tu mano  
terriblemente joven que nos toca. Y, de repente,  
del húmedo fondo de donde el campesino  
levanta su mercado semanal, yo alzo  
para ti la huella descalza de tus hijos,  
la sandalia del inca, la pisada  
del conquistador sobre el azufre.  
Porque como un resucitado, lleno  
de vegetales barbas y de tiempo, no soy  
sino tu traje de piel y de palabras, sino  
la fotografía del que cayó primero, amándote  
como pudo, contra el metálico monje de las armaduras.

Cuando pregunto por tu origen, los cántaros,  
los escudos, las murallas sostenidas, el eco  
de lo que fue tu indígena silencio antes

de la cruz y los caballos; pero te reconozco  
en la cabuya y sus espadas secas, he sentido  
tu cadera de bosques temblar en las carpinterías,  
recuerdo nombres enterrados con sus herramientas  
y me basta la altura de tus musgos sin urgencia.

Si la mañana empuja su cerveza al mediodía,  
si en la garra litoral del mangle hunde  
su garra el puma, si la ola de arroz enarbolada  
por las plantaciones asciende la escalera  
de greda y de granito, es en la orilla  
de petróleo y tiempo, es en tu mar  
dolido, lleno de sangre anual, de asesinadas  
construcciones, en donde busco para saludarte  
el sombrero sin paz del ahogado, su idioma  
olvidado en tus raíces.

Cómo no amar tu límite que asaltan la madera  
mojada, el mar y el vecindario; cómo no amar  
tu pobre pueblo, su hierbabuena heráldica  
que al aire turba; cómo no regresar a las hilachas  
de tu costa, a tus canales con su baraja  
transparente de sal y territorio, si agosto  
me echa viento y polvo de la patria a lado  
y lado, si en medio voy besando su camisa  
de arena, desgarrada en tus desgarraduras.

Cuando este viento te lame la cebada,  
cuando este canto se riega en mis papeles,  
tú me gritas que vuelva a tu nave frutal  
encajonada, te siento, están contando  
tus cereales sin número, y vuelvo y digo  
tu nombre de línea y de varón sobre el pétalo  
débil del harapo y sobre tu abundancia ciega,  
recojo tus pedazos, tu difícil y suelta  
geografía: el volcánico templo y la copa  
de vaho, la zona donde el algarrobo crece  
su desnudez nocturna, la alta sementera  
de aldeas y de indios. Y hay un umbral  
de espuma y de intemperie, hay una agua  
original que sobre sí se dobla y que abren  
con su ataúd sin algodón los panaderos  
y con su barca hambrienta y de redes murales  
el archipiélago súbito de tus marinerías.

La patria es una fiesta larga que interrumpen  
el azar, la diaria cacería, la ceniza: de pronto  
cómo no amar tus muertos y su vestido verde,  
si como un goterón de sueño persistente cae  
el silbo del andamio y tras él el albañil

a su velorio; cómo huir de un día tuyo, lleno  
de duraznos y navíos, y no sufrir de ti por todos  
lados y no salir a encontrar tu aurora,  
lo que te debe el tiempo desde la edad  
del buey que hunde sus pezuñas en la Biblia.

Patria, si amarga casi siempre, dulce patria  
cada día, dulce recuerdo de una enredadera  
de ventanas y azúcar, ira por la piel que ortigan  
con leyes y monedas, rumor de río oral  
cuando ruegan al sur por la llovizna, ancha  
experiencia de los trenes que a diario recomienzan  
tu memoria, toda de polvo y lana, toda de piedra  
y nube:  
sobre ti, dimensión de lodazal y sangre,  
estás tú, contramar de amor y estrella.

### **El desvelo y las noticias**

En mitad de la noche despierto  
y me levanto como para vestirme,  
como para llorar o para ver si duermes  
lateral y desnuda.

Pero es cierto:  
ya no tengo tu voz saliendo  
debajo de mi boca, ya no tropiezo  
con tus tristes zapatos las mañanas,  
ya sólo yo, yo solamente y solitario  
en los almuerzos y en el hambre,  
visitante extranjero de costumbres  
que se me habían ido como una  
edad, yo nuevamente familiar y ajeno.

Pequeña lastimada, tú  
desempleada, tú compañera,  
todo el día en los climas de la ira:  
en cada sábana me hiere todavía  
tu cadera, y me duelen  
él, ellos, los compañeros  
buscados, los espesos escondidos,  
los cadáveres compañeros. Cómo  
no iban a dolerme si hay tanta  
agua entre los dos, tantas distancias  
que no puedo sobornar, pasaportes,  
gobiernos que nos odian, y sobre todo  
esta pobreza guardiana,  
portera, tutelar.

Cuando en la lluvia, cuando  
en mi taza de café me quedo,

cuando en mi ropa, y el sueño  
a ti sola te circunda,  
y no sé nada de ti, como  
si nunca hubiérate esperado  
en una esquina o una cama,  
y me preguntan "¿qué sabes  
de tu compañera?", callo,  
pienso en velorios, en trenes  
que no paran hasta el norte,  
ya me parece sombras, ya  
me parece lloro, ya cuchillos  
en los que Pepe, Antonio, Angélica  
o Elías o cualquier hermano  
me escribiera: "Tu compañera  
fue herida ayer. Tu compañera  
fue asesinada el lunes. Fue desterrada  
al sur tu compañera, a las islas  
que el mar rechaza de la costa.  
No está tu compañera".

¿No está mi compañera? ¿Y todo  
porque tenía la costumbre  
de vivir, porque acostumbra  
defenderles el vientre a las mujeres,  
los huesos a los trabajadores  
y a los niños sus tinteros?  
Todo porque vas, madrugada  
a madrugada, a las paredes  
de la ciudad, dejando allí  
tu porción de patria y voluntad,  
tu nombre fácil, tu nombre  
Rojas, hasta abajo  
del pueblo.  
Y entonces no pregunto  
a nadie por ti, ni a ti,  
ni al corazón con su ronca  
campana intermitente. Pero odio  
de nuevo, y otra vez amo mi odio  
adherido, como una araña húmeda,  
a la pared del alma: ya no por sucias  
mariposas mi temblor y mi asco:  
es por los escuadrones, por la aritmética  
de su formación para el destrozo;  
ya no a las hinchadas cucarachas  
alineadas mi puntapié de naufrago:  
pero a la dentadura policia,  
pero al próximo cadáver, necesario,  
presidencial, agrietado, escogido  
entre sus desventurados almirantes.

Y te espero.  
En estos meses largos,  
del 1º al 30, y aún más, al 31,  
cada tarde busco tu carta  
que no llega, como el sueño  
a veces, busco trabajo, busco  
una pieza, miro el mar  
con su pobre vecindario de alas  
y de mástiles, pregunto  
cuánto cuestan las cosas  
que nos faltan: una hamaca,  
diez minutos sin zozobra,  
un plato nada más y dos cucharas,  
y esa venganza que me golpea adentro  
como te golpearía el hijo a estas horas.

En mi cama suelo pensar: yo reconozco  
que es vegetal tu resistencia, y tu destreza  
para entrar en mí, definitivamente,  
como en tu dormitorio.

Pero, de pronto,  
otra vez tengo miedo y me levanto,  
y otra vez el odio gotea al esqueleto  
su ácido común, recibo a tientas  
la noticia, indago por tu cuerpo  
que antes estaba dentro de tu nombre.  
Y no está, como Joaquín (sólo sus botas  
debajo de su cama, sólo su saco  
esperándolo cuatro meses en la puerta).  
Como él, sigues siendo una noticia  
no confirmada aún por el encuentro,  
y la esperada, ah separada,  
ah la que templó mi verso  
y mi cerveza, la que alabé en mi canto  
de sponsal y de vieja batalla comenzada.

### **Historia de soldados**

Cuando de ti me desentierra el día  
con sus ásperos oficios y me repone a los sucesos  
como si al final de esa navegación nocturna  
en la que hemos llorado y conversado, llorado y permanecido,  
debiera regresar a recoger mis pasos,  
caminando a morir, como el anciano  
vencido a lento plazo por sí mismo,  
sólo entonces, fríamente despegado de tu piel,  
gravemente solitario, entro a mi vacío traje  
que te sintió a su lado cada víspera,  
pregunto por ti, por mí, por qué sucede,  
por qué así, hablando de las cosas

cuya balanza se rompe sin perdón en tus rodillas.

Después de aquel judío elemental  
que espantó tus muslos de hermética cerveza,  
después de ese judío persistente, después,  
del otro que a pie disperso te perdía,  
¿fui yo el último soldado, el de los últimos  
pies, el que vino a recoger ya sólo tu vestigio  
como la condecoración del que cayó a mi lado?

¿Fue acaso tu deseo desertor, ola ciega  
que se rompe antes de encontrar su cúpula,  
quien llevó mis cenizas a tu vientre baldío?

Oh ausente, siempre ida porque nunca  
estamos juntos, porque nunca trajiste  
tu heráldica animal, tu herrumbre  
transparente al lado de mi pelo que te empuja,  
porque nunca tuvimos una cama precisa  
que oliera a cuerpo doble, a aceite comulgado,  
ni una noche repetida a cuyo cauce  
rueden nuestros zapatos juntos, ni un suelo  
donde puedan quebrarse las tazas de los dos, las manchas  
salidas de los dos, tu paso de menta  
o nieve porque duermo, o tus ligas  
y medias y enaguas y preguntas regadas  
que me digan: "Por esta puerta, desde esta palabra,  
hacia esa fotografía comenzó a partir."  
Nada que en mi presencia puedas  
reconocer un día: "Esto fue mío. Esto te dejo.  
Te he lavado el rostro, los pañuelos."

No fuiste tú, pequeña tejedora, perseguida  
y herida por ti, ni son tus manos  
donde esta mitad de un pan apresurado crecería.  
Fue la primera sílaba, el hallazgo  
de lo duro y ajeno en mi abandono,  
fue mi subsistir por un clavo, por un diente  
que otro había usado, por las uñas, los huesos  
o la mujer del hombre derribado. Ya venía  
con mis ángeles enfermos, ignorando  
la inicial extranjera de los pétalos,  
el pequeño lenguaje del encuentro, las palomas.  
Y hasta de las caderas sacramentales que acechaba  
sólo tuve el regreso a tu humilde cadera,  
sólo los pedazos de las cosas,  
sólo el polvo familiar, lo permitido.

(Yo te traigo esta moneda salvada de pagar  
o de perderse, esta esperanza, esta duda

de escoger entre la comida temblorosa  
que trae en tu cuchara dos bocados,  
y el hotel por una noche en donde callas  
y comprendes y en donde solamente somos  
una mujer y un hombre, pasajeros,  
sin nombre, sin vestidos, adquiriendo  
sólo trozos de sueño después de que has temblado,  
como si dijéramos abrigo, alimento, cereal, gavilla,  
como si en esta hora de crecida hambre ritual  
aún nos fuera dado elegir qué instinto,  
qué sombra compartida, qué bisel nos mata menos.)

Yo solamente buscaba en tu puerta arremetida  
por los prófugos perros agredidos  
y mi violento alcohol que en tu deseo ardía,  
el aceite ritual o la ceniza bruja  
con que entró hasta tus piernas la pobreza:  
y nada sino la lluvia con sus cordeles turbios,  
nada sino tu olor a corcho envejecido  
y aquello que nos quema en la piel o nos penetra  
por su propia humedad de dolor, como la ortiga.

Por eso, cuando digo miedo y amanecer sin sexo como un viudo,  
y alaridos golpeándose las alas en maderas salvajes,  
es como si hablara de una maldición,  
de 13 personas a la cena nupcial en que he nacido,  
de azúcar derramada, de quebrada arena  
estelar, llegada de qué espejo roto por tu mano.

¿Es que siempre será igual, siempre  
este ancho domingo creciendo entre paredes?  
¿Es que debes atarte las manos a los pechos  
para que nunca, nunca, te peinen en la noche,  
para que no derriben a tu madre, que no la toquen  
en sus sillas y su retrato, junto a su baraja  
tartamuda y a la cáscara de su padrenuestro?  
¿Y nunca me dirán qué carta, qué escalera  
de sangre, qué madrugada lila  
te desató los pies para que vayas  
de cama en cama, de cuerpo en cuerpo,  
huyéndote otra vez, temiéndote, olvidándote?

Esta es una lejana historia de soldados  
en que siempre se vuelve al cuartel espantoso.  
Y hay un himno a redoble, a latigazo puro,  
tambor de funeral, marcha en regreso  
de sólo los pedazos que han quedado,  
y hay un eludir las tuberosas de la muerte,  
una invitación, como la luz de un dormitorio,  
a buscar tu cabello original, tus primeros pechos,

para decirte a ti, que traías a mis dientes,  
un pan robado, una naranja nocturna en los vestidos:

"Vengo para cuidar lo que me queda: el ojo  
solitario, el único brazo defendido,  
la rodilla que espera tu cansancio. Vengo todavía  
con un trozo de fusil, con una espina  
victoriosa."

Oh nunca defendida, cintura  
de aguacero ceñida a mi voz seca de soldado,  
llena de paja y corazón como una hoguera.

### **El desenterrado**

*"Escapa por tu vida: no mires tras de ti".*

**Génesis, XIX, 17**

Si dijeras, si preguntaras de dónde  
viene, quién es, en dónde vive, no podría  
hablar sino de muertos, de sustancias hace  
tiempo descompuestas y de las que sólo  
quedan los retratos; si preguntas de nuevo,  
diría que transcurre el cuarto al fondo  
de la casa, que conserva destruyendo labios  
como látigos, rostros, restos de útiles  
inútiles y de parientes transitorios  
en su soltera soledad.

Pero ¿quién puede todavía  
señalar el lugar del nacimiento, quién  
en la encrucijada de los aposentos, halla  
la puerta por donde equivocó el camino?

Detrás de su ciega cerradura, el hombre  
y su mujer ajena, que la tarde devuelve  
puntualmente, suelen engañarse con amantes  
abandonados o difuntos, desvestirse a oscuras,  
cerrar los ojos, primero las ventanas, y con la voz  
y con las manos bajas, incitarse a dormir  
porque hace frío. Pero un día despiertan  
para siempre desnudos, descubren la edad  
del triste territorio conyugal, y se toleran  
por última vez, por la definitiva, perdonándose  
de espaldas su muda confesión de tiempo compartido.

Y a través de caderas sucesivas, volcadas  
como generaciones de campanas, el seco río  
de costumbres y ceniza continúa, arrastra  
flores falsas, recuerdos, lágrimas usadas  
como medallas, y en cualquier hijo recomienza  
su antepasado cementerio.

Y es duro apacentar

el alma, y es preciso salvarla de la tenaz familia: apártala de tu golpeado horario y sus descuentos, defiéndela renunciando a las uñas que ya nada pueden defender, ayúdame arrancando las difíciles pestañas que al sueño estorban, las ropas, las palabras que establecen la identidad desenterrada.

Porque desnudo y de nuevo sin historia vengo: saludo, grito, golpeo con el corazón exacto la vivienda del residente, quiero tocar sus manos convertidas en raíz de mujer y de tierra, y otra vez pregunto si estuve aquí desde antes, cuándo salí para volver amando este retorno, si he llegado ya, si he destruido el antiguo patrimonio de miedo y abalorios por donde dios se abrió paso a puñetazos, si cuanto tuve y defendía ha muerto de su propio ruido, de su propia espada, para sobre la herencia del salvaje tiempo y sus secretos, para sobre sus huesos definitivamente terrestres y quebrados, sobre la sangre noche a noche vertida en la verdura rota, en los telares, recién nacer o seguir resucitando.